

CUENTOS CHECOS



Praga, 2025

NAKLADATELSTVÍ
PLOI

ÍNDICE

Caperucita Roja	5
Hansel y Gretel	12
Largo, Ancho y Perspicaz	19
Princesa de cabellos dorados	29
La princesa y el guisante	39
Príncipe Bayaya	47
La bella durmiente	54
Más vale sal que oro	60
Siete cuervos	68
Cenicienta	77
Pájaro de Fuego y Zorro Pelirrojo	83
Tres cabellos de oro del Viejo Sabelotodo	92
El Mocito Gafecito	102
Honza el Tonto	108
Los tres cabritos	116
¡Ollita, cocina!	119
El Desbastado	123
El gallo y la gallina	128
El buñuelito en fuga	133
La remolacha grande	139

Translation © Roman Casado, 2025
Copyright © Magdalena Wagnerová, 2025
Illustrations © Lenka Vaníčková, 2025
© Nakladatelství Plot, 2025

ISBN 978-80-7428-486-1

CAPERUCITA ROJA

Lo crean o no, en tiempos remotos vivía en una casa cerca del bosque una muchacha pequeña que se llamaba Caperucita Roja. Un nombre extraño dirán, pero al ver a esta chica con ojos propios, enseguida se enterarían por qué le dieron ese apodo.

Era una muchacha que se parecía a muchas otras, pero había una cosa que la distinguía de las demás a primera vista; ya sea por la mañana o por la tarde, en verano o en invierno, llevaba en la cabeza una caperuza roja. Nadie podía imaginársela sin la caperuza, por eso todos la llamaban así.

Caperucita crecía como espuma y pronto se convirtió en una muchacha amable y valiente.

Un día su mamá horneó un bizcocho, aunque en la casa cerca del bosque no esperaban una visita ni era domingo.

—¿Por qué hiciste el bizcocho? —preguntó Caperucita.

—La abuela va a celebrar su día de santo —contestó su mamá y colocó el bizcocho en un cesto junto a una botella de vino—. Vete a verla, Caperucita, y mándale saludos de mi parte a la abuela. ¡Ten cuidado y vuelve a casa!

Caperucita cogió el cesto, pero su mamá la detuvo antes de que saliera.

—¡Caperucita, tienes que prometerme que no irás por el bosque! —le dijo con severidad.

—¡Pero si por el bosque el camino es más corto! —repuso Caperucita.

—Tal vez sea más corto —asintió la mamá—, pero seguramente no más seguro. ¡A una muchacha como tú podría pasarle cualquier cosa en el bosque! ¡Podrías perderte!

Caperucita tuvo que prometerle que no irá por el bosque, tan solo después su mamá le permitió salir.

Caperucita se dirigió por el camino entre los campos recogiendo margaritas, amapolas y acianos. Si la abuela celebra su día de santo, así que merece un ramo de flores. Corría de aquí para allá despreocupada y de repente, sin saber cómo, se halló al borde del bosque. Una vereda estrecha serpenteaba por entre los matorrales. A Caperucita le parecía que la invitaba a seguirla.

—Si la abuela vive más allá del bosque —reflexionaba Caperucita—, justo al otro lado. ¡Si rodeo el bosque, el camino será dos veces más largo! Aún así ya me demoré demasiado...

A Caperucita se le olvidó lo que le había prometido a su mamá y sin pensarlo mucho entró corriendo en el bosque.

A principios todo parecía estar en orden, que no le podía pasar nada malo. La vereda daba al otro extremo del bosque, serpenteaba alegremente por entre los zarzales y con precaución evitaba las raíces y los baches grandes, en los que uno puede caerse sin saber cómo. Pero a medida que oscurecía la luz empezó a escasear, los zarzales se volvían más y más espesos, la vereda se perdía y volvía a aparecer, y la pobre Caperucita dentro de poco no sabía de dónde venía ni adónde iba. Entonces se acordó de la promesa que le dio a mamá. Dio media vuelta para regresar, pero la vereda se había esfumado.



En ese momento se abrió el matorral y delante de Caperucita apareció un lobo.

—Buenas tardes, Caperucita —la saludó cortésmente y sonrió un poquito.

Caperucita como una niña bien educada sabía que debiera contestar.

—Muy buenas tardes —saludó e hizo una leve reverencia.

—¿Qué estás haciendo aquí, Caperucita, sola en un bosque tan espeso y oscuro? —preguntó extrañado el lobo.

—Voy a ver a mi abuela —contestó Caperucita—. Pronto celebrará su día de santo, así que le llevo un bizcocho, una botella

de vino y un ramo de flores.

—¿Dónde vive tu abuela? —le interesaba al lobo.

—Justo detrás del bosque, en una casita con techo de paja, al lado de tres tilos grandes —dijo Caperucita que poco a poco dejaba de tener miedo. Por lo menos tenía a alguien con quien charlar.

—Ya sé, los tres tilos grandes —asintió el lobo y tal cómo había aparecido, desapareció.

Caperucita soltó un suspiro. Una pena que haya perdido a un amigo. Con él habría encontrado más fácilmente la vereda para salir del bosque.

Sin embargo, el lobo se orientaba bien en el bosque. Un brinco y un salto, una vez a la derecha y dos veces a la izquierda, ya estaba frente a la casita con techo de paja, en la que se proyectaban las sombras de los tres frondosos tilos. Levantó la pata y llamó a la puerta tres veces.

—¿Quién es? —se escuchó desde adentro.

—¡Soy yo, abuelita, tu Caperucita! —dijo en voz ronca el lobo que trató de imitar la voz de Caperucita—. ¡Te he traído algo rico para golosear y una botella de vino para tu día de santo!

—¿Eres tú, Caperucita? —se oyó la voz alegre desde la casita—. ¡Entra, mi muchacha, la puerta está abierta!

El lobo empujó la puerta y entró de un salto en la casita, abrió el morro y tragó a la abuela de una vez. Luego se ató en la cabeza su gorra y se acostó en la cama esperando.

Caperucita por fin encontró el camino fuera del bosque y se puso a correr alegremente hacia la casita. Al llegar llamó a la puerta tres veces.



—¿Quién es? —se oyó desde adentro.

—¡Soy yo, abuelita, tu Caperucita! —gritó la muchacha—. Te he traído un bizcocho, una botella de vino y un ramo de flores que recogí para tu día de santo!

—¿Eres tú, Caperucita? —se alegró la voz adentro—. ¡Entra, mi muchacha, la puerta está abierta!

Caperucita abrió la puerta de un empujón y entró.

—¡Abuelita, qué orejas más grandes tienes! —se extrañó al cruzar el umbral.

—¡Para oírte mejor! —masculló el lobo desde debajo de la manta.

Caperucita dio un pasito para adelante por la habitación y suspiró confusa:

–¡Abuelita, qué ojos más grandes tienes!

–¡Para verte mejor! –volvió a mascullar el lobo y se bajó el gorro en los ojos.

Caperucita llegó a la cama y de repente se fijó de un morro enorme.

–¡Abuelita, qué boca más grande tienes! –dijo atónita.

–¡Es para comerte mejor! –gritó impaciente el lobo, saltó de la cama y tragó a Caperucita junto con el cesto, en el que había el bizcocho, la botella de vino y el ramo de flores para la abuelita. Luego volvió a acostarse y se durmió satisfecho.

Por la tarde pasaba cerca de la casita el cazador. Andaba por ahí cada día al regresar a casa del bosque, pero nunca había escuchado roncar tanto a la abuela. Se paró asombrado y se puso a escuchar con atención. ¿Ésto debe ser la abuelita? No, el cazador no se lo pudo creer y decidió mejor echar un vistazo adentro.

La puerta estaba semiabierta y así el valiente cazador entró directo a la habitación. ¡Cuál fue su sorpresa al ver en la cama al lobo con una panza gigantesca que llevaba el gorro de la abuela! El lobo roncaba hasta hacer estremecer a toda la casita. El cazador no vaciló, sacó la navaja y destripó al lobo.

Como primera saltó fuera de la panza Caperucita, tras ella salió a duras penas la abuelita y en tercer lugar se cayó de la panza el cesto con el bizcocho, la botella de vino y el ramo de flores.

El cazador llenó la panza del lobo con piedras, la abuelita la cosió y juntos echaron al lobo al pozo. Luego se sentaron a la mesa, la abuelita abrió la botella de vino, tajó el bizcocho y dio las gracias al cazador.

¿Y Caperucita? Desde aquel entonces sabía muy bien que si uno promete algo, debería cumplirlo.

HANSEL Y GRETEL

En el mundo vive gente rica que tiene de todo en abundancia, pero también vive aquí gente pobre. Así es la vida. Hansel y Gretel eran unos hermanos pobres. Vivían en una aldea pobre, que se llamaba *Lhota*, y a sus padres les daba mucha pena. A menudo no tenían ni siquiera un trozo de pan para darles de comer a sus hijos y un día se le ocurrió al papá, que no sabía qué hacer, una idea desesperada.

—Nuestros hijos tienen hambre y nosotros no tenemos nada para darles de comer mañana —dijo y miró con tristeza a su mujer.

—Lo sé —suspiró ella—. ¿Pero qué quieres hacer? Has perdido el trabajo, hemos vendido la cabra y la última gallina nos la robó el zorro.

—Si nuestros hijos deben encontrar la suerte, pues lejos de aquí —dijo pensativo el papá—, muy lejos de aquí...

—¿Pero dónde? —preguntó en voz alta la mamá—. ¡De saber dónde buscarlo, yo misma habría emprendido el viaje ya hace mucho!

El papá cogió la mano de la mamá y bajó la cabeza.

—Si los llevara lejos de aquí para que no encontrasen el camino de vuelta a esta pobreza, a lo mejor la suerte les encontraría por sí misma —dijo y volvió a quedar en silencio. No pudo continuar hablando por la desesperación.

Al día siguiente al amanecer el papá llevó a sus hijos al bosque para recoger fresas. Hansel recogió una jarrita llena hasta

el borde, pero al mirar a su alrededor, se fijó que el papá había desaparecido.

—¿Dónde está papá? —le preguntó a Gretel.

—No sé, Hansel —contestó Gretel y siguió recogiendo los dulces frutos rojos con los que había llenado apenas la mitad de su jarrita. A medida que continuaba recogiendo las fresas se adentraba más y más en el bosque.

Hansel andaba en sus cercanías y de continuo miraba a su alrededor tratando de avistar a papá. No tenía cuidado y las fresas se le caían de la jarrita al suelo.

Cuando Gretel llenó su jarrita, se fijó en que Hansel había perdido todas sus fresas y se puso a llenar también la jarrita de su hermano. Pero Hansel seguía mirando a su alrededor perdiendo incluso las fresas recogidas por Gretel. Y así dale que dale hasta anochecer.

—Tengo miedo, Hansel —se puso a llorar Gretel.

—No te preocupes, Gretel —la tranquilizaba Hansel—. Voy a subir a un árbol a ver si encuentro el camino para salir de aquí.

Los niños se dirigieron a un árbol alto que se alzaba por encima de todos los demás. Gretel se sentó debajo del árbol y Hansel trepó a la copa.

—¿Ves algo, Hansel? —gritó Gretel hacia arriba.

—Veo una lucecita —gritó Hansel hacia abajo.

—¿Y dónde está la lucecita? —se alegró Gretel.

—Cerca de aquí, a unos pasos, en un claro



pequeño –rio Hansel y bajó del árbol.

Los niños decidieron dirigirse allí. Encontrarán el claro, de seguro también la casita con la lucecita encendida que vio Hansel desde la copa del árbol alto y pedirán a los habitantes si pudieran pasar la noche allí. Luego por la mañana seguramente encontrarán el camino a casa.

Sucedió así cómo se lo propusieron. El claro se encontraba más lejos que a unos pasos, como le parecía a Hansel al verlo desde lo alto del árbol, pero los niños al final llegaron felizmente a la casita.

–¡Hansel! –le gritó Gretel–. ¿Ves la casita?

–¡Está hecha de pan de jengibre! –dijo asombrado el muchacho. De repente se dio cuenta de que tenía mucha hambre. ¡Si durante todo el día no ha comido más que unas fresas!

–Oye, Gretel, subiré a la chimenea y arrancaré un trozo del pan de jengibre, así los dos nos llenaremos.

–¿Y si te oye alguien? –se preocupaba con miedo Gretel.

–Estaré más callado que un ratón –le aseguró Hansel y ya se puso a trepar al techo. Se sentó detrás de la chimenea, arrancó un trozo de pan de jengibre y se lo tiró a Gretel.

Mientras tanto adentro una vieja le dijo al viejo:

–¡Si no me engaña mi sentido común, viejo, afuera está pasando algo! ¡Vete a mirar si alguien no nos está robando el pan de jengibre!

El viejo se asomó por la puerta.

–¿Quién nos está robando el pan de jengibre?

Hansel, escondido tras la chimenea, contestó rápidamente:

–No es nada, viejito, es sólo el vientecito!



CUENTOS CHECOS

Traducción Roman Casado

Ilustraciones Lenka Vaníčková

Tipografía y diseño gráfico Matěj Barták

Publicado por Pavel Jeřábek – Nakladatelství PLOT,

Bělohorská 10, 169 00 Praha 6, www.plotknihy.cz,

como su 456ª publicación.

Impreso por FINIDR s.r.o.

Primera edición, Praga 2025

ISBN 978-80-7428-486-1